

MARTIN NIGROMANTE

Martin Nigromante, nombre artístico del escritor y artista plástico argentino Sergio Javier Roda; Presenta su Serie de acuarelas El Pecado de la Carne en el Segundo Congreso y Parlamento Virtual del Folklore de América 2021 Es su octava exposición en la que participa desde el 2019 hasta la fecha (las primeras fueron en ciudad de Buenos Aires en el marco del Primer Congreso Educativo Ambiental; luego expuso en varias ocasiones por el día internacional de la Insurgencia Cultural, más tarde llegaron las invitaciones para exponer sus obras en México, Colombia, Holanda, Uruguay, y Brasil, Recientemente expuso sus libros y obras artísticas en Irlanda y Estados Unidos, invitado por la Casa de la Cultura de escritores y artistas mundiales de Irlanda; actualmente preparando nuevas exposiciones ya programadas para lo que resta del año 2021 MARTIN NIGROMANTE: Escritor, poeta, ensayista, biógrafo, artista plástico, apasionado por la fotografía Licenciatura y profesorado en Letras. Licenciatura en artes visuales. Director de la Provincia de Río Negro del COFFAR (Consejo Federal del Folklore Argentino) Administrador del Área de las artes visuales de COFAM (Consejo del Folklore de América) Fundador de su propio espacio de trabajo ALGIZ (Atelier Literario, Gráfico, de Ilustración y Zentangle) Fundador del Colectivo artístico latinoamericano Ambientarte. Cinco libros publicados (dos de ellos tramitando la segunda edición) Actualmente ultimando los detalles de dos libros escritos durante la pandemia del año 2020 y trabajando en cuatro series pictóricas simultáneamente.

<https://www.youtube.com/watch?v=JRRNylbJ8eA>

La puerta y el guerrero

Sergio Javier Roda

Atravesó el angosto recorrido que conducía a la Puerta. No recordaba el camino que había transitado antes de llegar allí. La Puerta se erigía arcaica, envuelta en la niebla de la inmemoriabilidad del tiempo; estoica, por las quejumbrosas hazañas que la hicieron sobrevivir; e impune por otras infames que se vio obligada a ocultar al mundo.

Ambas existencias, hombre y puerta, carne y madera, se dispararon mutuamente el sudor que provoca la ansiedad de conocerse. Hablaban diferentes lenguajes aun así se comprendieron con total plenitud. La puerta era majestuosa y aún brillaba. Las incontables tormentas de viento, lluvia, fuego y arena que la flagelaron, no la envejecieron; fueron esas mismas tormentas las que lo azotaron a él también en una era ni siquiera escrita.

Alargó la mano y su sombra (no supo deducir que fuente de luz la provocaba) quedó adherida a la madera. Miró el arco que rodeaba el magistral tallado de glifos que algún antiguo emperador ya convertido en polvo ordenó para sí mismo y su próspera civilización. La puerta, adivinando sus intenciones, le habló.

- Intentas vejarme, -le dijo-, mas quiero decirte que muchos ya lo intentaron antes. Nadie jamás logró desvirgar mi umbral, todavía.

- Hablas orgullosa. Fuiste construida para preservar algo que ignoras porque se encuentra detrás de ti.

- ¡No cumplo órdenes de nadie! ¡Mi amo murió hace tiempo, sus ejércitos también, aquellos pueblos que mi amo conquistó y creyó poseer, son ruinas! Incluso rodeada de tanta desolación, me mantengo joven. Ni el mejor ebanista de los mortales podría imitar el trabajo que hicieron conmigo. Seleccionaron la mejor madera, importada de los lugares más exóticos, el mejor de los metales para que mis herrajes resistan y brillen sobre la eterna soberbia del humano tiempo.

El hombre no se amedrentó ante esas palabras; Tu orgullo te impide reconocermé, le dijo. La Puerta dudó. Ese hombre era distinto a los incontables con afán de poder que se acercaron a ella. Tenía una imagen suprema. El mortal la golpeó con una certeza: no sabía lo que encerraban sus robustas maderas y goznes, pero un lejano día había escuchado algo de su amo. Cuando se separaron, cuando lo vio por última vez alejarse rodeado de ese ejército poderoso y apocalíptico, su amo se dio vuelta resistiéndose a la violencia de sus opresores y ante esa puerta y los sobrevivientes de su pueblo juró volver; en la forma que los dioses eligieran. “Volveré” dijo el emperador con una sonrisa hablando a los portales de su ciudad, “Volveremos a estar frente a frente; y cuando lo hagamos no me reconocerás pero yo sí lo haré”

La Puerta le habló con un cambio en su actitud.

- No me atravesarás, todavía. Primero debes cumplir una petición.

- Tú ordenas. Soy tu vasallo. –dijo con voz solemne.

- Deberás mirar a través de mi cuerpo robusto y espeso.

- ¿Cómo hacerlo? tu cuerpo no tiene marcas de ningún tipo que ayuden a ver tu interior.

- Debes aprender qué mirar y qué buscar. Si no estoy equivocada lo harás bien.

- El error puede ser una virtud, tenlo en cuenta si yo también me equivoco.

La madera de la puerta crujió, quizá por el viento, quizá por el estremecimiento ante esa frase. El hombre miró y miró dejando que los minutos pasaran. La Puerta tuvo paciencia y esperó cada segundo que el hombre usó para mirar. En algún momento acarició la madera en un punto exacto. El hombre reconocía la lengua náhuatl y la Puerta lo supo. Identificaba cada glifo, no por conocimientos académicos sino de forma innata y ancestral. Acercó su mirada en el ojo de la pequeña figura del águila cayendo junto a un trono y su interior le fue revelado cuando atravesó la minúscula mirilla. La puerta sintió un placer milenario acumulado cuando el ojo fálico del hombre consumió la copulación. Detrás de la mirilla observó una ciudad

majestuosa y hasta vislumbró figuras inquietas y borrosas en la lejanía de un horizonte preservado durante más de cinco siglos. Cuando el hombre separó su ojo de la madera sintió que la puerta sudaba (o quizá lloraba) emocionada.

- ¿Cómo te llamas, humano? –preguntó. La voz de la Puerta cambió, Ahora era más trémula.

- No recuerdo quien fui en el pasado Recuerdo muchos nombres, pero no los siento como propios. Ni siquiera podría explicar cómo llegué ante ti, suprema Puerta que decides la continuidad de mi recorrido.

- ¡Dime el último nombre que recuerdas!

- Algunos me conocen como Don Hernando Alvarado, otros, en cambio, dicen que soy Don Fernando Cortés.

El sudor de la emocionada Puerta se intensificó. El sol descendía al instante de retumbar ese nombre. Era la señal que la Puerta esperó durante siglos. El ocaso teñía a ambas existencias, carne y madera, de un naranja ancestral. Recordó nuevamente a ese ejército de metal que surgió de las aguas. El reencuentro finalmente ocurría. La Puerta sabía que no necesitaba disculparse, estaba escrito que se volverían a ver sin reconocerse. Le permitió la entrada y el sol que desciende atravesó el umbral. Era digno de hacerlo; lo ocultaba en su linaje carmesí. Caminó despacio, sin margen de error; conocía el camino hasta su palacio. Se sentó en su trono rodeado de las figuras inquietas, su pueblo, que lo honraba. Había llegado a su hogar, a la cuna de sus ancestros... y se dispuso a descansar, finalmente, en armonía junto a las deidades del universo.

El ritual de las arenas del tiempo

Sergio Javier Roda

El anciano se disponía a brindar, en el instante que golpearon la puerta de su casa. Refunfuñando dejó la copa de vino y se levantó con ayuda de su bastón. Detestaba que interrumpieran sus rituales. Quienes no lo comprendían decían que se ataba demasiado a la rutina. No importaba ya más discutir qué nombre darle a sus costumbres. Lo que hayan sido, hoy descansan en el puerto del olvido.

Abrió el umbral y su mano sostuvo el picaporte. Frente a él una imagen imponente esperando que le permita la entrada.

- Lo siento, estoy por brindar. – hizo el ademán de cerrar la puerta pero el visitante empujó hacia atrás la puerta maciza.

- Me urge. Usted sabe...

- No sea irrespetuoso y venga en otro momento. No me gusta que me interrumpen cuando...

- ...Está en uno de sus rituales. Lo sé.

- Además, hace pocas horas que usted visitó esta casa. –El visitante sonrió con esa ironía que suele confundirse con malicia.

El anciano le permitió la entrada y se sentaron frente a frente en el comedor de la casa. Se miraron midiendo sus distancias. El visitante observó el lúgubre aire que los rodeaba, y le dio escalofríos tanto vacío. Ojalá no le llevara tanto tiempo. Quería irse de allí cuanto antes. El sombrero de alas anchas cubría en sombras parte de su rostro. Hablaron durante horas sobre la existencia. El viejo sostuvo sus ojos en su copa de vino y la botella sobre la mesa. Luego miró la cama a escasos tres metros de ellos. Cuando volvió a mirar al extraño vio que este había depositado sobre la mesa un reloj de arena tallado en vidrio, madera e incrustaciones en jade y oro.

- ¿Ya? –dijo sosteniendo con fuerza su bastón– Pero mi ritual...

- Sus rutinas no tienen valor.

- Lo sé. Si a la gente no le importa lo que guardamos de valor en nuestras almas. No voy a esperar que a usted le importe. –El visitante rozó con su mano el reloj milenario. La sonrisa irónica regresó a sus comisuras.

- La vida es una caja llena de arena, agujerada en el fondo. Vamos perdiendo granos valiosos día a día. La vida no es tan diferente a ese reloj que usted sostiene. Su juguetito no me intimida.

El visitante miró la botella y la copa de cristal. El color y el aroma de las mejores uvas se filtró raro e indescriptible, en sus fosas nasales, mezclado a otro olor que sí sabía identificar.

- No pienso compartir. Es mi ritual, así como usted me está presentando el suyo.

El imponente hombre volvió a mirar a su alrededor. Tenían en común tantas cosas. El gusto por las antigüedades, los placeres de la degustación, solo le extrañó que en esa biblioteca no hubiera volúmenes clásicos. Sólo autores desconocidos. Ante esa duda, el anciano le respondió lo siguiente.

- La mayoría de los coleccionistas se apropian legalmente de cosas que no les pertenecen y las mantienen guardadas con orgullo. Usted acostumbra a coleccionar granos de arena que no le pertenecen. Hay quienes adquieren libros antiguos; también los leo pero prefiero conservar libros de autores desconocidos y olvidados porque al leerlos los mantengo con vida. Mantengo vivos sus sueños. Vivos, sus sentidos. Vivas, sus emociones. Usted dijo

hace un momento que somos iguales. ¡No se atreva a repetirlo! ¡Somos muy diferentes! Cada libro de esta biblioteca representa una persona, un grano de arena que mantendré latente mientras aún tenga fuerzas para respirar, en cambio usted solo podrá conocer el placer de coleccionar granos vacíos porque aquello que el ser humano tenía de verdadero valor usted jamás podrá llevárselo.

Ambos miraron el reloj. Los últimos granos ya estaban cayendo. El visitante lo levantó y sosteniendo la base y el techo con sus manos, lo giró cediéndole una nueva extensión a su existencia ya torturada. Guardó el reloj de arena en el bolsillo y se levantó. Antes de salir de la casa miró la cama y le tatuó otra de sus acostumbradas sonrisas irónicas.

El anciano con una pavorosa mirada continuó su ritual. Levantó la copa y bebió grano a grano la mejor de las cosechas; brindando en su memoria, miró la cama a escasos metros. Sobre ella descansaba el cuerpo de una mujer con la piel cubierta de sobre relieves formando arrugas; su mano flácida colgaba a un costado y el rigor mortis aún sosteniendo la mascarilla de oxígeno. Pronto los recuerdos de aquellos seres queridos que ya no tenía a su lado y toda su memoria también se marcharían; dispersándose como los granos del reloj de su visitante. Cuando ese día llegara, para algunos sería una tortura, para él sería un bálsamo.